

TIEMPO DE MEMORIA

Virginia Cowles

# COMPLICARSE LA VIDA

Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)

PRÓLOGO DE MIQUEL BERGA

TUSQUETS  
EDITORES



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Prefacio

Primera parte. La España republicana

1. Viaje a la guerra
2. Explosivos de gran potencia
3. La prensa
4. La vida en Madrid
5. Ejército civil
6. Visado de salida

Segunda parte. La España nacional

1. Intermedio en la frontera
2. La caída de Santander
3. Salamanca
4. La marcha a través del norte

Tercera parte. Sombras de primavera

1. Londres

2. La política de apaciguamiento
3. Ensayo general en Checoslovaquia
4. ¿Quién quiere una guerra?

#### Cuarta parte. Tiempo de regateo en Europa

1. Las velas empiezan a titilar
2. Tiovivo alemán
3. La guerra que no sucedió
4. Muerte por estrangulamiento
5. Neville Chamberlain

#### Quinta parte. La Rusia soviética

1. Introducción a Rusia
2. Sombra sobre el Kremlin
3. Agua, agua en todas partes
4. El leopardo cambia sus manchas
5. Notas sobre Ucrania

#### Sexta parte. La segunda guerra mundial

1. Inglaterra despierta
2. Vacaciones en Roma
3. Últimas horas en Berlín
4. Tragedia polaca... de segunda mano
5. La guerra «aburrida»

#### Séptima parte. David y Goliat

1. El cielo que se vino abajo
2. Tierra de muertos
3. Los mejores círculos polares árticos
4. El crepúsculo
5. Banderas a media asta

#### Octava parte. La caída de Francia

1. La primavera es tiempo de Hitler

2. Luces de bengala que arden por ambos extremos
3. Dios es inglés
4. Las últimas veinticuatro horas de París
5. El principio del fin
6. Dolorosa separación en Burdeos

Novena parte. Inglaterra continúa luchando

1. Ninguna hora fue mejor que ésta
2. Per ardua ad astra
3. Ay, el puente de Londres no se ha derrumbado
4. Fin de semana de invasión
5. Sólo unidos venceremos

Notas

Créditos

## Sinopsis

En marzo de 1937, Virginia Cowles, una joven y despierta periodista norteamericana, llegaba a Madrid para cubrir la contienda española. *Complicarse la vida* reúne las crónicas de la penosa cotidianidad de una población sometida a constantes bombardeos, sus entrevistas a combatientes de ambos bandos (pues no dudó en cruzar las líneas del frente) y la alegre camaradería con otros corresponsales como Hemingway o Martha Gellhorn. Además, gracias a su instinto de periodista, se hallaba en Berlín durante la invasión de Polonia, en Finlandia durante la invasión soviética, o en 1940 en París, poco antes de la capitulación.

Todo ello aparece reunido en estas páginas, llenas de adrenalina bélica, inolvidables retratos de jefes de Estado y gente anónima, y también de un insobornable sentido del humor ante la adversidad.

VIRGINIA COWLES  
COMPLICARSE LA VIDA  
Una reportera en zona de conflicto  
(1937-1941)

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

Prólogo de Miquel Berga

Para mi hermana Mary con todo mi amor

## Prólogo

Disponemos, por fin, de una edición completa<sup>[1]</sup> del libro más celebrado de Virginia Cowles (Vermont, Estados Unidos, 1910-Francia, 1983). El volumen que el lector tiene en sus manos constituye uno de los testimonios más fascinantes que ha dado el reportaje de guerra en Europa durante el turbulento periodo que va de 1936 a 1941. Durante aquellos años la intrépida norteamericana siempre estuvo donde un periodista de raza debía estar. Optimizó sus innumerables contactos (de Winston Churchill para abajo) y no desaprovechó las ventajas que acarrearba su innegable atractivo físico —muy à la Lauren Bacall— en un mundo de hombres. Su visión de los conflictos del momento no estuvo marcada por militancias previas. En su caso, el instinto periodístico como corresponsal de guerra no respondía a otra cualificación que no fuera la curiosidad. Sus perspicaces observaciones fueron el resultado de la tenacidad y el gusto irrefrenable por la aventura, pero supo explorar sin apriorismos las situaciones extremas que vivió, en el lugar de los hechos, con inusual claridad moral y supo describirlas con un estilo narrativo vibrante, ingenioso y siempre ameno. Quizá por eso la formidable lección de historia viva que contiene este libro se lee como una apasionante novela.

Nada en la formación y el ambiente social en el que creció Virginia Cowles hacía prever su notable carrera como corresponsal de guerra. Después de pasar por la Waltham



Public Schools de Boston, nuestra autora fue una de las debutantes de la temporada 1928-1929 en la tradicional celebración de los círculos burgueses de la ciudad, la última antes del crac de la Bolsa neoyorquina y la Gran Depresión. De estos antecedentes le quedó la afición a la ropa elegante, los tacones altos y la conciencia de que en determinadas ocasiones, para decirlo con sus propias palabras, «resultaba agradable pertenecer al género femenino». Sin embargo, la tentación de presentar a la joven reportera como una mujer superficial sería caer en lo puramente anecdótico. En realidad, las dos hermanas Cowles se criaron en un ambiente de aparentes privilegios que muy pronto quedó marcado por las privaciones que se derivaron del divorcio de sus padres. El matrimonio de Edward Cowles, un psiquiatra tan brillante como excéntrico, y Florence Wolcott acabó pronto y mal. La madre se quedó con dos hijas de cuatro y tres años y sin ninguna ayuda financiera paterna. A pesar de su presencia habitual en los ecos de sociedad de la ciudad, no es aventurado afirmar que las dificultades económicas que soportaron juntas las tres mujeres ayudaron a forjar aspectos decisivos del carácter luchador de Virginia. La situación se agravó con la muerte temprana de su madre, a los cuarenta y cuatro años. Al cabo de un año, en 1933, Virginia consiguió su primer trabajo como *freelance* para los suplementos dominicales de las publicaciones del grupo Hearst, que esperaban de la autora temas abordados con un toque femenino. Gracias al dinero que recibieron del seguro de vida de su difunta madre, Virginia y su hermana Mary emprendieron en 1934 un viaje por el Lejano Oriente que le proporcionó nuevos materiales para artículos más ambiciosos y la confirmación de su vocación para el reportaje periodístico.

Virginia regresó a Estados Unidos, pero ya sólo con la intención de utilizar su país como base para planificar «el si-

guiente viaje». En una clara muestra de su precoz osadía, fue capaz de persuadir al director del grupo Hearst para que la enviara a Roma a cubrir las noticias sobre la invasión italiana de Abisinia de 1935. Gracias a su habilidad para los contactos consiguió una entrevista exclusiva con el mismísimo Duce. Inexperta en temas políticos, afrontó la entrevista a Mussolini con comprensible nerviosismo, pero enseguida se dio cuenta de que la proximidad de una joven atractiva actuaba como un resorte compulsivo para activar el afán discursivo del dictador. Como ella misma explica en uno de los episodios más divertidos de *Complicarse la vida*, Mussolini habló todo el rato, ahorrándole los deberes propios de una entrevistadora. A partir de aquí, Virginia Cowles inició una carrera periodística tan intensa en lo profesional como en lo personal. Más allá de lo que se cuenta en este volumen, Virginia obtuvo reconocimientos importantes, como la concesión, en 1947, del título honorario de Officer of the Most Excellent Order of the British Empire (OBE) por el conjunto de sus reportajes de guerra. Al acabar la segunda guerra mundial se había casado con Aidan Crawley, un piloto que sufrió cuatro años de internamiento en un campo alemán y que, con los años, se convirtió en uno de los pocos diputados ingleses con el discutible honor de haber sido elegido en dos mandatos, uno sirviendo al Partido Laborista y otro al Partido Conservador. El matrimonio tuvo tres hijos, dos niños y una niña. En las décadas siguientes Virginia Cowles publicó exitosos ensayos biográficos sobre sagas familiares con vínculos aristocráticos: los Rothschild, los Romanov, los Astor. Entre sus publicaciones destaca el volumen dedicado a su admirado Churchill: *Winston Churchill: The Era and the Man* (1954). Con su compañera corresponsal en España, Martha Gellhorn, la tercera esposa de Hemingway, escribió *Love Goes to Press*, una comedia en la línea de las batallas de sexos sobre dos mujeres co-

responsales de guerra. La obra se estrenó, con gran éxito, en Londres en 1946. A mediados de los setenta Virginia y su marido se instalaron en San Pedro de Alcántara, en la provincia de Málaga. En septiembre de 1983, camino de Burdeos después de unas vacaciones familiares en su casa española, y según el testimonio de su hija Harriet, el marido de Virginia se durmió al volante y ella murió en el accidente. Tenía setenta y tres años. Su marido sobrevivió, pero Harriet escribe que aquel accidente fue una bendición para ella porque «se ahorró una muerte lenta y dolorosa por el enfisema», y añade en un párrafo desolador que «También se libró de una tragedia que ningún padre puede soportar: en mi cuarenta cumpleaños, el 10 de septiembre de 1988, mis dos hermanos se mataron al estrellarse su avión cerca de Turín. Ambos estaban casados, tenían hijos, y sus respectivas esposas estaban embarazadas de siete meses».[2]

Virginia Cowles llegó a España una semana después de la victoria republicana en la batalla de Guadalajara, en marzo de 1937. Tenía veintiséis años. Voló desde el aeródromo de Toulouse a Barcelona para dirigirse a Valencia, y de allí a Madrid. Pasó a engrosar el grupo de corresponsales alojados en el hotel Florida, en la plaza del Callao. Ahí estaban, entre otros, los británicos Sefton Delmer, Geoffrey Cox y Henry Buckley, y los estadounidenses Sydney Franklin, Herbert Matthews, John Dos Passos, Josephine Herbst y, por supuesto, Ernest Hemingway y la que iba a convertirse en su tercera esposa, Martha Gellhorn. En general, los corresponsales extranjeros no escondían sus simpatías por uno de los bandos. Al contrario, se sentían militantes al servicio de una causa que consideraban justa (fuera la republicana o la franquista). Martha Gellhorn reivindicó esta idea sin rodeos en su famosa expresión: «Toda esa objetividad de mierda».

Es revelador en este sentido el título del magnífico estudio de Paul Preston, *Idealistas bajo las balas* (Debate, 2007), que incluye frecuentes referencias a la autora de este libro. Quizá para resolver este problema informativo, el *New York Times*, que publicó más de mil artículos sobre el conflicto, envió a un corresponsal a cada bando (William Carney, un entusiasta de la cruzada franquista, y Herbert Matthews, un sincero defensor de la República) que no escondían sus simpatías divergentes. Se detestaban, a pesar de que nunca se interpelaron directamente, cumpliendo así con las normas editoriales del periódico. En este contexto, lo que hace realmente único y extraordinario el testimonio de Cowles sobre la guerra civil es que se trata de una corresponsal que consiguió trabajar y escribir desde los dos frentes. El reputado historiador y periodista Adam Hochschild, autor de *España en el corazón* (Barcelona, Malpaso, 2017), el más reciente relato extenso sobre norteamericanos involucrados en la guerra civil, ha afirmado que entre los corresponsales en España, «el mejor periodista es alguien que es muy poco conocido, una mujer llamada Virginia Cowles, que tenía veintiséis años cuando llegó al país. Y si uno lee el libro que escribió después, *Complicarse la vida*, su lectura es todavía estupenda, mientras que tantos otros suenan rancios».[3] Efectivamente, a pesar de haber estado en el frente republicano, Virginia fue capaz de meterse en la España facciosa y obtener, entre otras cosas, afirmaciones de oficiales franquistas admitiendo la autoría del bombardeo de Guernica, algo que estaban negando con vehemencia tanto Franco como Hitler.

Aunque la autora visitó brevemente Barcelona en 1938 y constató los efectos de los bombardeos sobre la capital catalana y el ambiente de desánimo y penurias entre la población civil, su instinto periodístico la llevó a diferentes centros de interés informativo de la Europa de finales de

los treinta. A partir de aquí el relato de Cowles se convierte en una trepidante crónica de los acontecimientos que llevan al estallido de la segunda guerra mundial y del primer año del conflicto, durante el cual la ciudadana norteamericana Virginia Cowles vive con angustia y desazón la no implicación de Estados Unidos en la guerra a pesar de la determinación de resistir y el espíritu de victoria contra todo pronóstico asumido por el pueblo británico bajo el nuevo liderazgo de Winston Churchill. Siempre en primera línea, en los años 1938, 1939 y 1940 la periodista —volando desde aeródromos imposibles— consigue estar donde se produce la noticia: escucha las arengas de Hitler a las masas en Núremberg (y también toma el té con él en pequeño comité), en Checoslovaquia cuando la invaden los nazis, en Finlandia durante la invasión soviética, o en París cuando las tropas alemanas están a punto de entrar en la capital.

En junio de 1940, animada por los reportajes de la prensa inglesa que citaban las grandilocuentes declaraciones del Gobierno francés sobre la resistencia que iban a organizar los parisinos contra el inminente intento de los nazis de ocupar la capital, Cowles se las arregló para estar allí, preparada para relatar la defensa de la ciudad, que según las autoridades sería «piedra a piedra» porque sus ciudadanos preferirían «dejar sus calles y edificios arrasados antes que entregarse a los soldados alemanes». Nada de eso ocurrió. Metida en su papel de corresponsal para dar testimonio directo de los hechos, Virginia Cowles se convirtió en una cronista excepcional de la capitulación de París, que los nazis ocuparon sin atisbo de resistencia. Cowles fue testigo —viajando en dirección contraria— del monumental éxodo de los parisinos que abandonaban la capital en trenes y coches. Los capítulos sobre la ocupación nazi de París que cierran este libro son acaso los más memorables y antológicos de la rica trayectoria periodística de Virginia Cowles. Un

testimonio imprescindible que demuestra hasta qué punto la crónica de un corresponsal puede ejercer de contrapeso a los relatos mitificadores de la historia que siempre pretenden imponer los vencedores de una guerra.

En los últimos párrafos del libro aparece la voz militante de una periodista (compartida por la mayoría de los norteamericanos que estuvieron en España) que reclama a la administración Roosevelt una implicación directa en la ayuda de sus aliados, que han quedado reducidos a una isla, Gran Bretaña, amenazada de invasión inminente. Los estadounidenses no movieron ficha hasta el bombardeo nipón de Pearl Harbour, un larguísimo año más tarde. En las cadencias del vibrante alegato final de Virginia resuenan los ecos de la oratoria con la que Churchill insuffló ánimo colectivo a una nación que, en su momento de máxima amenaza, no tenía otro activo que no fuera la voluntad de resistir.

Ciertamente, la lectura de este libro deslumbrante proyecta la figura de Virginia Cowles como una de las grandes pioneras (aunque no la primera) del periodismo femenino de guerra. Cowles es de la estirpe de las mujeres periodistas que desde mediados del siglo XIX se plantaron en las zonas de conflicto: Margaret Fuller, Cora Taylor (la esposa de Stephen Crane) o Clare Hollingworth. Y por supuesto comparte protagonismo con coetáneas que también estuvieron en España, como la fotoperiodista Gerda Taro o su amiga Martha Gellhorn. Uno de los corresponsales más respetados de nuestra guerra civil, Herbert Matthews, escribió en sus memorias sobre las limitaciones del trabajo diario del corresponsal a la hora de proporcionar material para la historia, pero afirmó que la historia siempre está en deuda con el periodista que escribe la verdad. En los conflictos bélicos los despachos del corresponsal están condicionados por la censura aplicada por el bando desde donde éste escribe y por las propias redacciones de los medios para

los que trabajan. Para salvar estas dificultades muchos acaban por escribir crónicas y memorias años después de los hechos. El libro de Virginia Cowles responde a este impulso y a un profundo sentido de la ética personal. Justamente por eso se inscribe en la tradición de los materiales de co-responsales de guerra que, en palabras de Paul Preston, los historiadores expresan continuamente, conscientes de tener entre manos «el primer borrador de la historia».

*Miquel Berga, Universitat Pompeu Fabra, enero de 2018*